

V. S. ALEXANDER

LAS CHICAS DEL GUETO

 Planeta Internacional

CAPÍTULO 1

1 de septiembre de 1939

Cuando las bombas cayeron cerca de la calle Krochmalna en Varsovia, Izreal Majewski llamó a su familia a refugiarse debajo de la pesada mesa del comedor. Le preocupaba que su esposa, Perla, que a menudo sucumbía a los nervios porque la noticia de la guerra ya se había apoderado de su mente, pudiera gritar y salir corriendo a la calle, que no era un lugar seguro para estar en esos momentos. Aaron, su hijo, haría todo lo contrario y correría hacia la ventana para observar a los bombarderos.

—Rápido, bajo la mesa —ordenó Izreal, mientras las sirenas antiaéreas zumbaban con su canción atronadora.

—No nos protegerá de las bombas nazis —dijo Aaron. Como sospechaba Izreal, su hijo, que era pequeño para sus doce años, delgado y larguirucho, con los pantalones ceñidos a la cintura y la camisa blanca colgando a su alrededor, se dirigió a la ventana.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué nos está pasando esto? —dijo Perla, arrastrando los pies alrededor de la mesa, masajeándose las sienes y llevándose los dedos hacia el pañuelo que cubría su cabello negro—. ¿Dónde está Stefa? ¿Dónde está esa chica? Justo en el *sabbat* vienen a bombardearnos.

—Salió a caminar —dijo Izreal, mientras le imploraba a Aaron que se alejara de la ventana.

Aaron volteó a verlos con una amplia sonrisa.

—Fue a ver a su novio.

Perla se detuvo y lo señaló.

—Nunca vuelvas a deshonorar a tu hermana diciendo esa clase de cosas. Stefa ocupa un lugar en esta familia como una niña obediente, que sigue las leyes.

Izreal se rindió ante su propia curiosidad, un rasgo que le había inculcado a su hijo, y se paró frente a la ventana. Las nubes bajas y grises colgaban sobre Varsovia, con parches ocasionales de cielo azul que sucumbían a la nubosidad casi tan pronto como aparecían. La calle normalmente transitada se había paralizado: los peatones se habían detenido y tenían la mirada puesta en el cielo; las cabezas de los cocheros estaban inclinadas hacia arriba; los conductores de automóviles también se habían detenido, con las puertas abiertas, y miraban por la ventana lateral. Los vecinos de los muchos edificios que se extendían por Krochmalna estaban en sus balcones o resguardados detrás de las ventanas de sus hogares.

Aaron corrió hacia el pequeño balcón que sobresalía de su departamento en el último piso de su edificio. Izreal lo sujetó del brazo y lo empujó hacia la mesa.

—Quédate aquí —dijo Izreal—. Yo iré a ver qué está pasando.

—No es justo —respondió Aaron, y su madre lo jaló debajo de la mesa a su lado.

—La vida está llena de injusticias —respondió Izreal mientras abría las puertas dobles del balcón. Salió y apoyó las manos en la barandilla de hierro forjado que le llegaba hasta la cintura. Por encima de él, la cabeza tallada en piedra de un hombre sonriente miraba hacia abajo desde la torre decorativa de la estructura de cincuenta años. Una brisa cálida lo golpeó, alborotando los bordes abotonados de su camisa y casi levantando la kipá de su cabeza.

Apenas podía creer lo que estaba viendo y escuchando, las bombas caían sobre la ciudad. Las explosiones parecían lejanas, casi oníricas, y la leve turbulencia de los bombarderos sonaba más como abejas zumbando sobre flores de primavera. Pero incluso él, un civil sin entrenamiento, podía darse cuenta de que las condiciones climáticas nubladas habían inhibido un bombardeo prolongado. Polonia debería arrodillarse y suplicar a Dios para que tuvieran días y días de lluvia que convirtieran los cami-

nos en lodo y detuvieran los tanques, la artillería y la Wehrmacht de Hitler, que protegieran a la ciudad de los bombarderos.

Los nazis estaban muy conscientes de sus limitaciones militares ese día, pensó. Si septiembre había sido claro y cálido, y el ejército polaco había sido ineficaz para rechazar el avance alemán, el mes siguiente sería infernal. Hitler había dejado claro que tenía la intención de aplastar a Polonia. Con o sin lluvia, sería mejor que la familia estuviera preparada. Odiaba pensar en una situación así de inimaginable: una mente educada y analítica, arrancada de su enfoque en la familia y la tradición.

Al otro lado del río Vístula, al este, una explosión vibró en el aire, seguida de una columna ascendente de humo blanco grisáceo. No había visto la mota negra de una bomba cayendo; la imprevista, invisible y absolutamente aleatoria mano de la Muerte lo asustó sin previo aviso y sacudió su confianza. Sin embargo, sabía que tenía que ser fuerte por el bien de su hijo y su esposa.

Salió del balcón y volvió a la mesa para encontrar a Perla sentada debajo de ella, con el rostro ruborizado y los ojos enrojecidos por las lágrimas; Aaron estaba frente a ella, ambos acurrucados contra las pesadas patas de roble. Sus rostros apenas eran visibles a través del ligero trabajo manual del mantel de encaje. Izreal se puso de rodillas y se deslizó entre ellos.

—Estoy preocupada por Stefa —dijo Perla, y procedió a sonarse la nariz con un pañuelo blanco.

—Pronto estará en casa, a salvo. Estoy seguro —dijo Izreal—. Es un bombardeo errático; no representa una gran amenaza.

—Daniel la protegerá. —Aaron sonrió y apoyó la espalda en una de las patas de la mesa.

—Hijo, tú conoces a este Daniel mejor que nosotros —dijo Perla—. Debo hablar con Stefa. Está demasiado interesada en este hombre, más de lo que debería. Si va a tener un esposo, este debe provenir exclusivamente de un arreglo que hagamos nosotros. —Hizo una mueca pensando en su otra hija, quien se había ido de Varsovia por la misma razón.

Otra bomba cayó más cerca de Krochmalna y todo el edificio se estremeció.

—¿Quién puede pensar en el matrimonio en un momento como este? —Perla se preguntó después—. Al menos, me alegro de que Hanna esté a salvo en Londres, a pesar de cómo me partió el corazón verla marcharse. Ahora me preocupa que no tendrá nada por lo que volver a casa.

Izreal fingió no escuchar a su esposa; deseaba regañarla por siquiera imaginar lo peor, pero Perla siempre había sido sensible. Lo supo desde el momento en que la conoció, cuando ella ni siquiera se había atrevido a mirarlo. Se veía más bonita de lo que él esperaba cuando se reunieron en la granja de su familia en las afueras de Varsovia; su piel lucía enrojecida por el trabajo al aire libre, y su cuerpo era delgado y firme. Su rostro tímido captaba las sombras de los fresnos que rodeaban la casa, junto con un juego de luces de sol que destellaban sobre su cuerpo. A pesar de la muestra de modestia de Perla en este matrimonio arreglado, él sabía que ella y su familia estaban orgullosos de él: un *mashgiach*, un hombre educado que supervisaba la *kashrut* de un restaurante de Varsovia, un hombre que daba su bendición a la matanza *kosher* de animales.

Su profesión y las habilidades domésticas de su esposa les habían permitido construir una familia con sólo algunas tragedias en el camino: la muerte fetal de una niña entre Stefa y Aaron, y la partida de su hija mayor, Hanna, quien se fue nueve meses atrás a Londres para quedarse con unos parientes; sin embargo, nunca regresó. Pero él no quería preocuparse por Hanna mientras caían las bombas en Varsovia, ella estaba a salvo mientras comenzaba la guerra. Su hija mayor también le había arrancado el corazón, y no lo hizo tan cuidadosamente como él lo habría hecho cuando era más joven y trabajaba como *shojet* —carnicero— en el matadero.

—Esto es una tontería —dijo Aaron—. Si nos cae una bomba, atravesará el techo y destruirá el edificio. ¿Qué caso tiene quedarnos debajo de esta mesa?

—Silencio —dijo Perla, y sacudió la cabeza—. Los jóvenes no le temen a la muerte.

Aaron suspiró.

Izreal agachó la cabeza y dobló las piernas debajo de su torso. Sentarse con el cuello arqueado contra la base de la mesa era in-

cómodo, pero al menos ofrecía cierta protección en caso de que el techo se rompiera. Después de diez minutos de agonía, estaba a punto de aceptar la sugerencia de su hijo y abandonar el refugio cuando, de pronto, se abrió la puerta del departamento. Stefa había regresado; podían ver sus robustas piernas bajo el vestido gris que le llegaba hasta las pantorrillas, y sus pies en los zapatos negros de tacón bajo que Perla le había comprado.

Aaron se llevó un dedo a los labios.

Stefa llamó a sus padres; el pánico era perceptible en su voz cada vez que gritaba. Cuando se acercó lo suficiente a la mesa, Aaron estiró una mano por debajo del mantel de encaje y agarró el tobillo de su hermana. Stefa gritó y se alejó saltando, aterrizada. Riendo, Aaron se deslizó de debajo de la mesa, a través del piso de roble pulido, mientras su hermana se sentaba en una silla.

—¡Te asusté!

Izreal y Perla asomaron la cabeza desde debajo de la mesa.

—¡Mocoso endemoniado! —Stefa se abanicó las mejillas rojas con las manos; un mechón de cabello castaño claro sobresalía de su pañuelo que ondeaba en la brisa—. Te mataré algún día. —Se detuvo y se llevó las manos a la boca, repensando en sus palabras mientras las bombas seguían cayendo.

Con el cuerpo acalambrado, Izreal salió de la mesa. Se puso de pie y revisó sus pantalones y chaqueta para ver si tenían polvo, pero no encontró nada; un testimonio de la inmaculada limpieza de su esposa. Perla siguió a su esposo, inspeccionando con aprensión el techo antes de reprender a Stefa.

—Por fin llegas. Estaba muy preocupada.

—Me siento más segura afuera que aquí —dijo Stefa—. En la calle puedo huir.

—Nunca podrías correr tan rápido como Hanna. —Aaron apoyó la cabeza en sus manos entrelazadas, y estiró su cuerpo sobre el suelo—. ¿Cómo te fue con Daniel?

Stefa resopló.

—Sólo salí a caminar, e incluso si lo viera, no sería asunto tuyo.

—Tenemos que hablar de este hombre —dijo Perla.

Stefa levantó la mano.

—Ya sé lo que vas a decir, mamá, sobre arreglos y ritos matrimoniales, y lo que una mujer debe hacer por su marido. —Miró su regazo—. Pero no estoy lista para el matrimonio..., y ahora la guerra parece haber comenzado.

—Tu madre y yo haremos los arreglos —dijo Izreal, sopesando la incomodidad de su hija. Las palabras de Stefa lo inquietaron porque le recordaban a Hanna y su ruptura autoimpuesta con la familia. Dos hijas de ideas afines no le traerían consuelo alguno.

Ella lo miró fijamente; sus ojos color avellana brillaban.

—Sí, vi a Daniel hoy desde el otro lado de la calle, yo de un lado y él del otro. Él piensa que soy hermosa, y yo creo que él es guapo. Nos gustamos. ¿Eso no cuenta?

Izreal se giró y miró a través de los techos de los edificios que bordeaban Krochmalna y el cielo gris arriba. La familia debe permanecer firme y fuerte. ¿Qué importaba a esas alturas? La guerra era real ahora, podía sentirla en sus huesos y en su alma; nadie podía hacer nada para detenerla. Tenía poca confianza en que el ejército polaco pudiera igualar a los soldados alemanes. Hitler había dejado de mentir sobre amasar una maquinaria de guerra nazi: los bombarderos, los aviones de combate, los millones de tropas y armamentos que había pedido, mientras el mundo le ofrecía regalos de apaciguamiento. Aún rezaba para que Alemania recuperara la razón, pero ese pensamiento se destruyó rápidamente, en cuestión de un día, en la víspera del *sabbat*.

Anhelaba la comida del sábado, siempre esperaba la puesta de sol del viernes y el encendido de las velas del aparador por parte de Perla. Podía oler la comida que ella había preparado: el pollo al horno, las papas, la calabaza de verano que se serviría esa noche y el *chólent* que se cocinaría a fuego lento durante la noche para comer en el almuerzo el sábado después de la sinagoga.

Izreal miró a su hija, que seguía sentada en la silla. Ella, de dieciséis años, era la segunda hija después de Hanna, más obediente que su hermana mayor, pero acostumbrada a conseguir lo que quería. Tenía un temperamento fuerte y podía ser terca, pero también usaba su piel clara y su modestia para encantar, lo

cual era un misterio a veces para él, como si hubiera nacido de otra madre y otro padre. Stefa tenía un rostro más suave y redondo que Perla, mientras que la estructura facial de Hanna era más alargada y de líneas angulosas.

En unas pocas horas, sería la puesta del sol y el momento de la bendición, las oraciones y los cantos. El zumbido de los bombarderos parecía haberse alejado, frustrados por el tiempo nublado.

Se preguntó qué veía Stefa en este hombre, Daniel, al que tal vez incluso amaba. No le diría nada a Perla aún, pero los nazis lo habían cambiado todo, incluido el amor. ¿Duraría la felicidad en los años venideros? ¿Terminaría la lucha rápidamente? Los matrimonios arreglados podrían ser cosa del pasado, como la paz, en un futuro demasiado terrible para contemplar. Tal vez había llegado el momento de ser flexible ante el desastre.

—Levántate —le dijo a Aaron, quien seguía desparramado a los pies de su hermana—. Miremos hacia Varsovia. Veamos lo que podamos antes de que el mundo...

Observó los rostros de su esposa e hijos y oró en silencio para que Dios los salvara de un mundo consumido por la guerra, preguntándose si su oración funcionaría.

Los sonidos de las bombas se apagaron y la tarde se hizo larga, oscureciendo las nubes y su espíritu.

Perla tuvo unos momentos a solas en el dormitorio antes del atardecer y aprovechó ese tiempo para calmar sus nervios y sus manos temblorosas. Se sentó en la cama y las sujetó firmemente en su regazo, consciente de que la carne se había vuelto más frágil, y de las primeras manchas marrones débiles que habían aparecido irregularmente entre la muñeca y los dedos; consciente de que, a los treinta y ocho años de edad, estas distracciones menores sólo empeorarían. El único lujo que podía permitirse era una lata de vaselina, que se aplicaba ligeramente dos veces a la semana para mantener las manos suaves. Cuando eran más jóvenes, Stefa y Hanna quedaron fascinadas con esta rutina. Su hija menor se parecía a ella, y había comprado en secreto un frasco de *krem kosmetyczny*, crema para el rostro. Perla había encontrado

el recipiente de porcelana blanca escondido en el fondo de un cajón. No le había dicho a Izreal y no lo haría, a menos que Stefa se volviera demasiado derrochadora, pero eso era poco probable.

Mientras contemplaba por la ventana la luz gris cada vez más tenue, dio unas palmaditas en la colcha de la cama y pensó en lo maravilloso que sería caer en un sueño profundo y despertar en cualquier momento antes de ese día. El sol brillaría más, el sol de primavera sería más cálido, la nieve del invierno caería suavemente sobre sus hombros y se derretiría en su abrigo frente a una chimenea. Trató de desterrar los recuerdos de la tarde: las sirenas, las bombas, los vecinos gritando en los pasillos mientras la destrucción llovía del cielo. ¿Cómo era posible que la vida cambiara tan rápido? Sin embargo, lo que había sucedido era real. Esperaba que las tropas polacas se unieran, que dieran su vida para salvar a su patria, pero ¿sería suficiente?

Pasó un dedo por el intrincado patrón de la colcha, un regalo de bodas de su abuela húngara. Flores de color amarillo, rojo y azul brotaban de las enredaderas verdes entrelazadas. Izreal permitió esa exhibición ornamental, ese punto brillante en la casa, porque la hacía sentir feliz. No era tan buena con la aguja como su madre y su abuela, aunque había tejido con ganchillo el mantel de encaje que adornaba la mesa. Ella y su esposo habían juntado lo que podían para decorar su hogar. En el salón había dos paisajes de la Tierra Santa. El *mizrach* en alabanza a Dios tenía su lugar de honor en la pared que se encontraba en dirección al este, entre las ventanas. En el aparador y en un pequeño armario colocado contra la pared del comedor estaban los objetos más preciosos de su vida religiosa: los candelabros del *sabbat*, el plato del Séder, una caja de especias de madera y la copa de *kidush* de plata, todos tan necesarios y significativos para ella como cualquier miembro de su cuerpo. Y, cuando no estaban en uso, escondidos en el cajón superior del aparador, estaban los cuchillos de Izreal, con su acero reluciente y hojas libres de muescas, hoyos u otras obstrucciones que irían en contra de las leyes de la matanza. A su manera, esos instrumentos eran los más preciados de todos porque su uso, primero como carnicero y después en el uso litúrgico, había permitido que la familia prosperara.

Sus manos volvieron a temblar al pensar en su futuro en Varsovia; sus vidas amenazadas, tal vez, a punto de desaparecer. Un loco alemán les había impuesto ese horror. Si los líderes europeos no hubieran capitulado, si Gran Bretaña y los rezagados Estados Unidos hubieran hecho frente a la intimidación de Hitler, Polonia podría seguir disfrutando de veranos agradables y otoños cálidos. Ahora, todo era incierto. Incluso los informes de radio les habían dado cierta esperanza, sin mencionar ni una sola vez la amenaza de una invasión o el comienzo de una guerra. Las transmisiones siempre trataban sobre Hitler: los delirios de un hombre obsesionado con el poder de Alemania.

Se levantó y pasó un dedo por la sencilla manta gris que cubría la cama de su marido. La funda de la almohada de algodón y la sábana que se extendía más allá de la manta estaban planchadas y tan blancas como el cegador sol del desierto. Todo estaba en su lugar.

«Se está haciendo tarde. Debo encargarme de mis deberes». Y caminó, con la cabeza agachada, desde la habitación hasta la mesa.

«Paz interior y el espíritu de la alegría. La santidad. Mi familia. Estamos aquí, sentados a la mesa».

Izreal sonrió, con la esperanza de levantar el ánimo de su familia. Se suponía que el *sabbat* era alegre, pero esta noche, el primero de septiembre, fue diferente. El *sabbat* era un tiempo para hacer a un lado los problemas, tener comunión con Dios y contemplar las bendiciones otorgadas desde lo alto.

Perla mantuvo la cabeza gacha y los ojos cerrados, como si las lágrimas fueran a brotar si miraba a su esposo. Stefa se veía hosca y fuera de sí, cargando el peso del mundo sobre sus hombros, probablemente preocupada por el bienestar de Daniel. Sólo Aaron, con la ingenuidad y fresca característica de la juventud, parecía tener los ojos brillantes, listo para la comida. Izreal se preguntó si su hijo podría haber disfrutado el primer día de la guerra, comparándolo con un juego en el que participaban adultos en lugar de niños.

Izreal puso sus manos sobre la cabeza inclinada de Aaron, descansando sus dedos sobre la kipá negra de su hijo.

—Que Dios te haga semejante a Efraín y Manasés. —Caminó hacia el otro lado de la mesa y colocó sus manos sobre la cabeza de Stefa—. Que Dios te haga como Sara, Rebeca, Raquel y Lea.

Regresó a la cabecera de la mesa y se quedó un momento mirándolos, sus hijos a cada lado, y Perla frente a él. ¿Qué podría ofrecer como oración personal? ¿Algo que pudiera alegrar la noche, algunas palabras de esperanza sin aflicción ni desesperación?

—Doy gracias a Dios por las muchas bendiciones que nos ha dado —comenzó, juntando las manos—. Incluso en este día, que las generaciones futuras marcarán como una mancha oscura sobre la humanidad, pero no pensemos en eso ahora. Alegrémonos y disfrutemos nuestro tiempo juntos como familia, el tiempo que Dios nos ha dado. Debemos ser fuertes y saber que Dios nos protegerá de nuestros enemigos, como siempre lo ha hecho en el pasado. Eso es todo lo que podemos hacer: tener fe y alabarlo por nuestras muchas bendiciones. Recordemos la luz como la hemos tenido a través de las generaciones.

Con su pañuelo en su lugar, Perla se levantó de su silla y se paró frente a las velas sobre la mesa. Encendió una cerilla, y con ella una de las velas. Luego, hizo tres círculos con las manos y atrajo la luz hacia ella, cerró los ojos y recitó la bendición:

—Bendito seas, oh, Señor Nuestro Dios, Rey del Universo, que nos has ordenado encender las velas del *sabbat*. —A través de los años, ella y su esposo habían trabajado como dos personas religiosas separadas, inculcando las sagradas tradiciones a sus hijos. Aun protegiéndose los ojos, Perla encendió el segundo cirio. Izreal recitó:

—Observen el día del *sabbat*.

Izreal dijo la bendición sobre el vino y el pan antes de comenzar la comida. La charla habitual en la alegre mesa se limitaba a Izreal y su hijo. Perla y Stefa comían lentamente; Perla miraba a menudo hacia la ventana para ver si Varsovia sufriría de nuevo por los bombarderos nazis.

—Me gustaría haber visto... —comenzó a decir Aaron con la mirada iluminada. Perla lo fulminó con la mirada, con suficiente severidad como para cortar sus palabras.

—No hables de guerra esta noche. Sé lo que desearías haber visto. —Ella apoyó el tenedor en su plato—. Mucha gente murió hoy, estoy segura de ello, nadie a nuestro alrededor, pero ¿qué pasa con nuestros parientes en el campo, nuestros primos en Cracovia o los que viven en la frontera polaca? ¿Sus cuerpos habrán sido destrozados? Nadie debería desear la explosión de las bombas.

La emoción en los ojos de Aaron se apagó, y este agachó la mirada hacia su pollo y papas.

—Lo siento, madre. Rezaré por nuestros familiares.

Perla asintió.

—Y también por tu hermana, Hanna. Ella merece nuestras oraciones; todavía es miembro de esta familia. —Levantó su tenedor y lo colocó en su mano de modo que los dientes apuntaran hacia Izreal.

Hanna abrió una profunda brecha entre Izreal y su esposa en enero, el momento más problemático y conflictivo de sus vidas de casados, cuando se fue a vivir a Londres con una de las cinco hermanas de Perla, una mujer que había renunciado al judaísmo y se había convertido a la religión de su marido, episcopalismo. Sus otras hermanas estaban dispersas por toda Polonia.

Hanna se había marchado de Varsovia al día siguiente de cumplir dieciocho años, el ocho de enero. El «complot», como lo llamó Izreal, había sido clandestino y deliberado. El programa de viaje incluso había sido organizado por la hermana de Perla, Lucy, su nombre de pila. Sólo hubo un día y una noche terrible para considerar las consecuencias de las acciones de Hanna.

—Ya no serás mi hija —le había dicho Izreal, haciendo lo posible por mostrarse de corazón duro ante ella.

—No amo al hombre que han elegido para mí. Siempre amaré a mi familia, pero él no será mi esposo. No criaré a sus hijos, no lavaré su ropa, ni cocinaré o limpiaré para él. Gran parte de la vida se nos impone. El mundo está cambiando —le suplicó Hanna a su madre—. ¡Mira a tu hermana! ¡Feliz y despreocupada en Londres! Le supliqué que me dejara ir y, después de muchas lágrimas, cedió. Fue la decisión más difícil de su vida. No quería lastimarlos, después de haber pasado por el mismo problema

cuando dejó a la familia. —Hanna miró a Izreal—. Mi tía espera que puedas perdonarme algún día.

Stefa y Aaron habían permanecido sentados en silencio durante la discusión, antes de que les ordenaran que fueran a sus habitaciones. El argumento de Hanna no logró derretir el escudo de hielo que protegía a Izreal. La moderada compasión de Perla por Hanna se sumó a su irritación.

—Entonces, ¿te marchas? —fue todo lo que Perla pudo preguntar—. ¿En verdad irás a casa de mi hermana?

—Sí, mamá. La tía Lucy ha trabajado con el Servicio de Inmigración y será mi patrocinadora. Puedo trabajar en Inglaterra siempre y cuando no tome el trabajo de un ciudadano que lo necesite —Hanna miró su vestido azul oscuro—. Míranos. ¿Podríamos ser más monótonos?

La pregunta hizo estallar a Izreal, como si lo hubieran insultado personalmente.

—¡Monótonos! Eres una hermosa mujer judía que hemos criado para honrar las leyes y tradiciones establecidas en la Torá. Sin embargo, nos escupes en la cara.

Hanna se enderezó; su espigada figura estaba a la altura de la de él.

—Papá, nunca te escupiría en la cara. Sabes que te amo más que a la vida misma, pero si me quedo aquí, moriré, ¿y de qué nos serviría eso, a cualquiera de los dos? Eso lo sé con absoluta seguridad. —Pasó sus dedos por su largo cabello negro.

Perla dio un grito ahogado e Izreal apartó la mirada. Reprimiendo su ira, permaneció en silencio. Las palabras intentaron salir de sus pulmones, pero se le atascaron en la garganta, una enloquecedora combinación de furia e incredulidad le impidió hablar y lo obligó a abrir las puertas del balcón y arrojar los puños al aire helado de enero. La aguanieve salpicó su abrigo, pero, después de un rato, no sintió el frío en absoluto, sólo una rabia temblorosa que sacudió su cuerpo hasta que, finalmente, se calmó como un terremoto que termina.

Cuando regresó a la sala de estar, las puertas de los tres dormitorios estaban cerradas. Hanna había entrado al cuarto que compartía con su hermana para pasar su última noche en el departamento.

Empujó suavemente la puerta de su habitación para abrirla. Perla yacía en la cama, de espaldas a él, con las piernas dobladas cerca del cuerpo y cubriendo su rostro con las manos. Un rayo de luz plateada proveniente de una farola caía como un cuchillo sobre las mantas. Izreal tocó su hombro. Ella se estremeció y contuvo las lágrimas.

—No volverá —balbuceó—. Nunca la volveremos a ver. Moriré y nunca volveré a ver a mi hija, pero debo obedecer a mi esposo.

Él se quitó el abrigo, lo colocó sobre una silla, se sentó en el borde de la cama y suspiró.

—Volverá. —No dijo nada por un rato, pero luego se rio entre dientes—. Es una chica fuerte, siempre lo he sabido. Usa su cerebro tanto como su cuerpo, siempre nadó y corrió a nuestras espaldas porque yo no lo permitía, por preservar la modestia. La niña hizo cosas que ninguno de nosotros podía hacer. Una mente aguda puede meterte en problemas.

Perla hizo bolas un pañuelo que tenía en la mano y volteó a verlo con los ojos empañados en la oscuridad.

—Pensé que se había amansado, que había llegado a conocer su religión y a sí misma como sólo una mujer puede hacerlo, pero estaba equivocado —dijo él. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se recostó en la cama y miró el techo moteado de blanco—. La chispa siempre estuvo ahí, pero pensé que ella la había controlado. El convenio: Josef debe de haber sido la gota que derramó el vaso.

—El matrimonio no es una mera gota —dijo Perla.

—Es una unión eterna santificada por Dios.

—Izreal, no necesitas sermonearme. Conozco la ley casi tan bien como tú. No soy feliz, pero quiero que mis hijos sean felices. Si eso significa que deben seguir su propio camino, que así sea: no me interpondré en su camino, sin importar cuán doloroso sea. A la larga nos dejarán por sus esposos y esposas sin importar lo que hagamos o digamos. No necesitas darle tu bendición, pero necesitas entenderla.

—No sé si pueda, pues lo que soy es todo lo que sé.

Perla se dio la vuelta hacia la ventana mientras él se desvestía. Izreal se deslizó en la cama y las sábanas frías le pusieron la piel

de gallina. Miró el techo durante una hora y luego la luz que caía sobre el cuerpo de Perla, observando cómo su pecho subía y descendía bajo las sábanas hasta quedarse dormido.

Izreal se levantó temprano y se fue a trabajar. La casa estaba quieta y en silencio, mientras cerraba la puerta del departamento. Vio a Hanna en su mente mientras caminaba por las calles oscuras y vacías: desde su nacimiento en ese frío día de enero de 1921, pasando por toda su educación y sus maestros diciéndole lo talentosa que era, lo afortunada que era por aprender idiomas con tanta facilidad —podía hablar polaco, yiddish y alemán sin dificultad, así como algo de inglés—. También pensó en la hermosa mujer en que se había convertido su hija... hasta ayer.

Todo ese tiempo, la mecha estuvo ardiendo y él no lo sabía. Ese día, cuando regresó, Hanna se había ido.

Las bombas cayeron sobre Varsovia, mañana, tarde y noche del mes de septiembre. Stefa se formaba para comprar pan cerca de la casa de Daniel en el distrito de Praga, al otro lado del Vístula, mientras que Aaron permanecía cerca de casa. Ambos hermanos se sintieron algo culpables por tomar dos raciones de pan para la familia. No se estaban muriendo de hambre; sin embargo, las sobras del restaurante donde trabajaba Izreal se habían convertido en su principal fuente de alimentación, ya que los alimentos básicos desaparecieron durante el asedio.

—Debimos haber tomado más precauciones —se lamentó Perla un día, abatida por no estar preparada para la guerra. Izreal sacudió la cabeza y murmuró que temía que la guerra empeorara, y les contó que las mujeres que cosechaban papas en los campos alrededor de Varsovia habían sido asesinadas por aviones nazis.

—Tenemos suerte de tener comida. Esas mujeres se arriesgaron antes que morirse de hambre. Al final, los nazis se aseguraron de que no importara.

Los alemanes bombardearon la ciudad el 8 y el 15, en la víspera del *sabbat*, pero vivir en Varsovia se había convertido en una cuestión de supervivencia, no de respetar los días festivos. Izreal trató de mantener unida a la familia mientras se desvanecía la esperanza de una paz temprana. Las oraciones del *sabbat*, las velas, las bendiciones y los cantos parecían vacíos, dirigidos a un Dios al que no le importaba si vivían o morían.

Stefa le gritó a Daniel mientras ayudaban a los hombres y a las mujeres de Varsovia a cavar barricadas fortificadas alrededor del centro de la ciudad.

—Excava más fuerte, *drogi*.

Daniel sonrió al escuchar la palabra polaca de afecto, levantó el gorro de lana que llevaba para descubrir su rostro y se secó la frente con un pañuelo.

—¿Excavar más? Prefiero estar en el ejército. —Clavó su pala en una zanja y observó cómo la fila de voluntarios, hombres reclutados que habían regresado de perder batallas, movía la tierra—. Mi padre dice que somos de la nación judía, no de los polacos. Le dije que era judío polaco y que estaría feliz de ir a la guerra. —Sujetó el mango de la pala, sacó la hoja de la tierra y la sostuvo como una lanza frente a él. Un hombre del ejército polaco, de quien colgaba un rifle del hombro y se encontraba ataviado con la chaqueta marrón del uniforme y la gorra de ala ancha, le lanzó una mirada de disgusto a Daniel.

Él siguió cavando y esquivó la mirada del hombre.

Stefa sabía que sus padres se enfadarían si los encontraban juntos ese domingo 17 de septiembre. Su padre estaba en el trabajo, su madre se había quedado en la cama después de sufrir un dolor de cabeza mientras intentaba descubrir cómo aprovechar al máximo sus suministros restantes. Stefa se había excusado para dar un paseo, mencionando la fila del pan, a pesar de que la mayoría de las panaderías estaban cerradas los domingos. Ella pensó que los padres de Daniel también se enojarían si se enteraban que estaban juntos. Los había conocido brevemente una vez.

Fueron corteses, pero distantes, dejándole claro a Stefa que ella no estaba en la lista de sus pretendientes.

—Sería lindo si... —Su voz se apagó.

—¿Qué? —preguntó Daniel, mientras cavaba más profundo y arrojaba la tierra marrón con fuerza a la parte superior de la zanja.

—Estaba pensando que sería bueno si pudiéramos dar un paseo solos y ser felices. —Calle abajo, vio el almacén ennegrecido de un edificio bombardeado. Apenas una cuadra se había librado de la destrucción. Los laboriosos polacos recogían y amontonaban los escombros siempre que era posible, pero ahora las vías del tren estaban siendo arrancadas de la tierra y colocadas en ángulos de 45 grados cerca de las trincheras para detener el avance anticipado de los tanques nazis.

La Varsovia de su infancia había sido encantadora: hermosos edificios altos de piedra pálida con franjas rojas que adornaban sus fachadas; majestuosos edificios habitacionales con cornisas talladas y balcones de hierro forjado; edificios gubernamentales e iglesias abovedados; parques verdes con abundancia de begonias de verano y rosas de todos los colores; una judería animada con tanta gente que no podía contarlos, y una sinagoga magnífica. Pero tantas cosas habían cambiado desde el primer día de septiembre. El humo de las bombas incendiarias se había convertido en algo común, y las odiosas nubes llenaban los cielos de Varsovia día y noche. Cenizas blancas, grises y negras caían como lluvia a todas horas y se sumaban a la sensación de que el mundo estaba en llamas. Su padre le contó sobre otro desarrollo en la guerra alemana, uno que no se había usado antes: una bomba pesada que atravesaba edificios sin detonar, hasta que su temporizador desencadenaba una explosión retardada. Cientos de personas habían sido asesinadas por esta nueva atrocidad.

Ahora, los alemanes estaban a las puertas de Varsovia, y parecía que nada podía detenerlos.

Daniel se detuvo por un momento y la miró. La chispa salvaje en sus ojos la asustó; su estado de ánimo había pasado de una feroz resistencia a un abyecto horror. Sabía por experiencia propia que la desesperación sería lo siguiente: caer por un agujero

en la tierra, sin fondo a la vista, agitarse en la oscuridad hasta ser devorado, como si estuviera bajo el agua y luchara por respirar.

—Mi padre vio algo terrible ayer —dijo Daniel—. Un hospital católico cerca de nosotros fue bombardeado el viernes pasado, en Erev Shabbat. Las madres y sus bebés estaban siendo atendidos en ese hospital. Algunos de los niños resultaron heridos antes de que los médicos y las enfermeras tuvieran tiempo de llevarlos a un lugar seguro en el sótano. —Descansó un momento contra su pala—. Durante el *sabbat*, mi padre fue y se ofreció a ayudar. Dejó de lado sus diferencias. En lo que a mí respecta, no importa si somos católicos o judíos, nos necesitamos unos a otros. Algunos de los bebés tenían sólo cuatro días de nacidos: vaya época para nacer. Nadie esperaba que llegara esto. ¿Quién lo hubiera creído?

Los ojos de Daniel se nublaron, como si hubiera viajado a algún lugar lejos de Varsovia. Una sombra, una oscuridad lo cubría a menudo, y Stefa lo amaba por eso. Para ella, esto era como una fortaleza en lugar de una debilidad. Al principio, su capacidad para la melancolía le había asustado, pero a medida que llegó a conocerlo mejor, en los momentos insólitos en los que podían estar juntos, se dio cuenta de que sacaba coraje de estos estados de ánimo sombríos. Ese estado de melancolía lo desafiaba, y superar la adversidad sería una ventaja en los tiempos difíciles que se avecinaban. Desde luego, no fue sólo su temperamento lo que la atrajo a él; sus rasgos le parecían hermosos: un hombre de diecisiete años, un poco más alto que ella. Llevaba una barba, más negra que la de su padre, que complementaba el arco oscuro de sus cejas. La piel oscura debajo de sus ojos se desvanecía a un blanco pálido, con un toque de rosa en las mejillas por encima de la línea de la barba. Usaba anteojos con montura metálica cuando leía, lo que le daba un aspecto intelectual y sofisticado que ella amaba.

—Él los ayudó a limpiar algunos de los escombros del hospital, a mover algunas camas que no estaban dañadas, y ellos estaban agradecidos —continuó él, sin sospechar en lo que ella estaba pensando—. Las ventanas habían volado, el techo agrietado estaba a punto de colapsar, los vidrios rotos y los escombros cubrían todo, pero también hubo algunas sorpresas: sobrevivió

una palmera en una maceta, al igual que el crucifijo en la pared, estaba colgado sobre una ventana rota.

Stefa tomó una pala de repuesto y cavó, forzando la hoja con el pie levantó la carga y la arrojó a la parte superior de la zanja. Los pedazos de roca y tierra rodaron hacia ella, pero no le importó. Ella estaba con Daniel, haciendo algo bueno por su ciudad.

El ruido sonaba como un insecto enojado al principio, pero el zumbido se intensificó rápidamente. Varios hombres arrojaron sus palas y miraron al cielo detrás de ellos. Uno señaló una mota negra que se hacía más grande con cada segundo que pasaba, y el rugido de una máquina pronto retumbó en sus oídos.

Daniel arrojó su pala, tomó a Stefa de la cintura y la llevó al costado de la trinchera, frente al avión que se aproximaba. Extendió su abrigo sobre sus cabezas y aterrizó encima de ella, protegiéndola con su cuerpo.

Su cálido y frenético aliento rozó su mejilla, mientras ella agarraba sus puños cerrados. Rezó para que no murieran en la orilla de esa ladera, para que pudieran tener vida en lugar de una muerte prematura. Extrañamente, se preguntó qué pensarían sus padres, más allá de su dolor, si sus cuerpos fueran descubiertos juntos. ¿Se permitirían llorar por dos chicos muertos que no tenían motivo de estar juntos? ¿O su enojo por tal tontería moderaría su dolor?

Después del alboroto inicial, la fila de personas reunidas en la trinchera se calmó, aunque todos seguían atemorizados. No se oía nada por encima del silbido de los aviones de caza que se movían a gran velocidad y del sonido de las balas disparadas contra todo lo que se interpusiera en su camino. Las explosiones, lejos al principio, y luego cada vez más cerca, retumbaron por toda la ciudad, sacudiendo el suelo debajo de ellos.

Daniel apretó su cuerpo mientras las ondas de choque se acercaban. Llovieron terrones y pedazos de piedra sobre ellos.

Stefa creyó oír el grito ahogado de alguien que sufría. El sonido fue pronto borrado por las máquinas de la muerte nazis que rugían en lo alto.

En unos minutos, lo peor pareció haber pasado, porque los combatientes avanzaron hacia otras partes de la ciudad.

Daniel rodó para quitarse de encima de ella y acercó su rostro.

—¿Estás bien?

Ella asintió y se levantó de la tierra.

—Puede que los Stukas regresen por más —dijo, buscando en los cielos.

A unos tres metros de donde estaban, un hombre yacía despatarrado en la parte superior de la trinchera. La sangre se filtraba de dos agujeros en la parte posterior de su abrigo marrón. Stefa pensó que el hombre había recibido dos cartuchos de la ametralladora en la espalda, tratando de escapar tras el pánico. Varias personas se inclinaron sobre él, pero era claro que estaba muerto.

Daniel se arrastró hasta el otro lado de la zanja y se asomó por el borde.

—¡Mira!

Stefa se acercó.

A muchas cuadras de distancia, la cúpula del Castillo Real de Varsovia ardía: las llamas amarillas y naranjas brotaban de su capitel en forma de cebolla, mientras que el reloj de la torre se detuvo en la hora del ataque. Un grupo de hombres, impotentes para detener las llamas, se concentraron en la calle hasta que pudo llegar un cuerpo de bomberos, pero no había mucho que hacer para salvar la estructura. Las misiones alemanas habían destruido las líneas de agua, lo que había causado cortes en toda la ciudad. El agua se había convertido en un recurso escaso.

Daniel se puso de pie, inspeccionó los daños y sacudió la cabeza.

—Nazis bastardos.

Stefa nunca lo había oído maldecir. Se secó las lágrimas mientras Varsovia ardía.